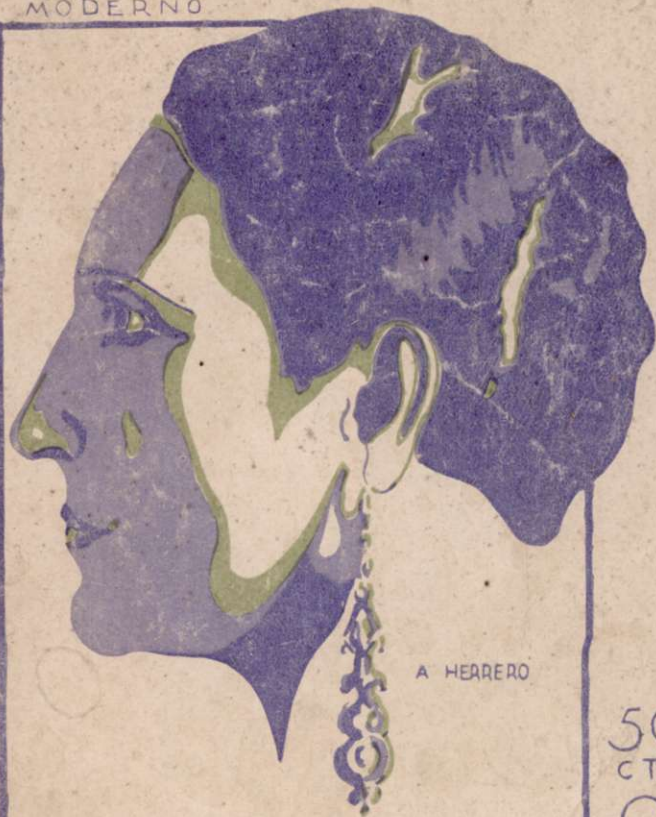


10-5-4

EL TEATRO  
MODERNO



A HERRERO

50  
CTS

FRANCISCO VILLAESPE SA  
EL REY GALAOR

Gago  
xxx



R. 42.748



1

AN

58/35

EL REY GALAOR



17 cu.



# EL TEATRO MODERNO

Director : LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

## EL REY GALAOR

TRAGEDIA EN TRES ACTOS



PRENSA MODERNA  
MADRID

AÑO VI

30 - VIII - 1930

Núm. 262

PERSONAJES

*El rey Galaor, Gudula, Sibyla, el Desconocido,  
Segismundo, Haroldo.*

La acción en un país fabuloso.—Edad Media.

## ACTO PRIMERO

Un salón grande y taciturno revestido de viejas tapicerías. Al fondo, un amplio ventanal gótico, por cuyos huecos se ve el mar encrespado. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo. Todo aparece en una dudosa claridad de misterio, donde las figuras vagan como sombras.

### ESCENA I

*Haroldo y Segismundo.*

*(Al alzarse el telón, aparecen Haroldo en la ventana contemplando el mar y Segismundo a su lado. El primero, armado de un arco.)*

HAROL. ¡Segismundo, mira cuántas gaviotas sobre el mar!  
En los ásperos cantiles  
se les siente aletear,  
con un zumbido de enjambre  
que torna a su colmenar;  
chillan; en el mar se arrojan,  
vuelan de acá para allá,  
como si temiesen algo  
que esté próximo a llegar...

SEGIS. ¡Chillidos de gaviotas  
son signos de tempestad!

HAROL. *(Mostrando el arco y sacando una flecha del carcaj.)* Hombres no cacé en la guerra  
ni gacelas en la paz...  
Para que no se enmohezcan  
las flechas en mi carcaj,  
sobre esas aves errantes  
mi brazo voy a probar.  
*(Mirando y extendiendo el arco.)*  
Sobre aquélla... La más alta... *(Dispara el arco.)*  
*Segismundo se asoma a la ventana.)*

SEGIS. ¡ Buen blanco !  
 HAROL. ¡ Cayó en el mar !... (*Inclinándose en el barandal.*)  
 ¡ Igual que un vellón de espuma  
 se ve en la espuma flotar !...  
 (*Deja el arco apoyado en la ventana y se dirige  
 al centro de la escena.*)  
 Para el que es joven y siente  
 en sus venas estallar  
 la vida como un incendio ;  
 para el que anhela luchar,  
 y ama el peligro y la guerra,  
 y gusta amores trovar,  
 es lo mismo que un sepulcro  
 este palacio real.  
 Bien está que Galaor,  
 para quien la vida ya  
 tan sólo tiene recuerdos,  
 se encierre aquí a recordar,  
 al rescoldo de la lumbre  
 y entre las manos la faz.  
 Mas el que no tiene una  
 hazaña que relatar,  
 cuando su cuerpo se curve  
 bajo el peso de la edad,  
 ¿ qué le contará a sus nietos  
 al resplandor del hogar?...  
 (*Desdeñosamente.*)  
 ¡ Que mató una gaviota,  
 y que una vez, de un rosal,  
 cortó las rosas más frescas  
 para adorno de un altar !...  
 (*Pequeña pausa.*)  
 ¿ Esta es la corte del rey  
 cuyo nombre hizo temblar  
 a los más fieros caudillos?  
 ¡ Mejor me valiera estar  
 encerrado entre los muros  
 de mi castillo feudal ;  
 cazando en aquellos bosques,  
 galopando en mi alazán,  
 con el halcón en la diestra  
 y en el cinto el yatagán ;

o escuchando a los juglares  
amantes trovas cantar,  
bajo las arcadas góticas  
de un palacio provenzal,  
o de fraile en un convento,  
o de pirata en el mar !  
SEGIS. Trovando en dulces cantares  
su amoroso desvarío,  
ya no alegran los juglares  
las veladas familiares  
de este alcázar mudo y frío.  
Ni sangrientas las miradas,  
por las rápidas visiones  
de las presas codiciadas,  
en alcándoras doradas  
aletean los halcones.  
Ni al clamor de los clarines,  
que evocan viejos laureles,  
tienden al viento las crines,  
relinchando, los corceles  
de los nobles paladines.  
Las puertas están cerradas,  
y en las panoplias oscuras,  
entre el polvo arrinconadas,  
se enmohecen las espadas  
y las viejas armaduras.  
Galaor está sumido  
en honda desolación...  
¡ De tanto como ha sufrido  
tiene el corazón transido  
y ha perdido la razón !  
Y hasta su hija, que era  
su única dicha, heredera  
de su cetro y su corona,  
en negra torre aprisiona  
como si fuese una fiera.  
Con tal saña la ha encerrado ;  
la guarda con tal cuidado,  
que desde que vive presa  
ninguno ver ha logrado  
el rostro de la princesa.  
HAROL. ¡ Qué locura !

SEGIS. ¡No es locura! (*En voz baja, misteriosamente.*)

Exalta su fantasía  
una vieja profecía  
que el fin de su estirpe augura.  
Desde entonces, receloso  
vive de todo. En la paz  
de la noche, ¿no le viste,  
desenvainando el puñal,  
la cabellera revuelta,  
muda y pálida la faz,  
por los largos corredores  
como un fantasma vagar?  
A veces, salta del lecho,  
dando gritos, y se va  
las puertas y las ventanas  
del palacio a vigilar,  
cual si temiese que alguien  
por ellas pudiese entrar...  
En vano los caminantes  
piden hospitalidad,  
que para todos las puertas  
siempre cerradas están...  
Ahora, subido en la torre  
más alta, está viendo el mar,  
cual si esperase a lo lejos  
a algún bajel divisar...

HAROL. ¡Está loco! Mas ¿qué importa?

Ya que no puedo esperar  
aquí ni amores ni fama,  
procuremos recordar,  
en este laúd que he hallado  
polvoriento en un desván,  
una trova que hace tiempo  
escuché a un viejo juglar.  
(*Coge un viejo laúd que hay encima de un sillón  
y se pone a templarle.*)

SEGIS. ¡Como Galaor la oiga,  
mal lo vamos a pasar!

HAROL. Está entregado a sus furias...

Sibyla la aprenderá,  
y podrá con sus cadencias  
alegrar su soledad. (*Pulsa el laúd y canta.*)

En la calleja desierta  
vibra el alma de un laúd...  
¡El amor llama a tu puerta!...  
¡Sal a abrirle, Juventud!  
¡Sal a abrir al Prometido,  
toda trémula de amor,  
sin más velos que el tejido  
de rosas de tu pudor!

## ESCENA II

*Dichos y Galaor, que entra colérico. Haroldo se queda inmóvil y Segismundo se inclina.*

GALA. ¿Quién se atreve en este sitio  
cantos de amor a entonar?

SEGIS. ¡Señor!... *(Temblando)*

HAROL. *(Balbuceando.)* ¡Señor!... No sabía...  
¡Perdón! ¡Perdón! *(Cae de rodillas.)*

GALA. ¡Basta ya!

Rompe el laúd, que sus notas  
en mi alcázar suenan mal.

Arroja a la mar sus restos...

*(Haroldo, temblando, rompe el laúd y arroja sus pedazos al mar.)*

¡Y si vuelves a cantar,  
yo te juro que con ellos  
a pudrirte irás al mar!...

*(Como temeroso, observando desde el ventanal.)*

El oleaje se encrespa.

Se acerca la tempestad.

Antes que la noche llegue,  
todas las puertas cerrad,  
que no vayan los fantasmas  
con la sombra a penetrar.

*(Se sienta junto a la ventana. Haroldo y Segismundo se inclinan y se van silenciosamente.)*

## ESCENA III

*Galaor*, sentado en alto sitial, de respaldo blasonado, junto a la ventana.

GALA. ¡Dejadme, pensamientos! Vuestros picos de acero devoran mis entrañas... ¡Una tregua os suplico!  
 ¿No véis que de tristeza y de terror me muero bajo el bárbaro y duro furor de vuestro pico?  
 Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa. Toda mi carne se abre como un inmensa herida...  
 ¡Son demasiados tigres para una sola presa, y son muchos dolores para una sola vida!  
 Mi materia y mi espíritu son una misma cosa: todo sangra y me duele; todo es lepra asquerosa. (*Horrorizado, esconde la cabeza entre las manos.*)  
 ¿Qué espero en esta noche? ¿Qué invisible ladrón vendrá a robarme ahora algo del corazón?

## ESCENA IV

*Galaor* permanece un instante pensativo y lúgubre, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos. *Gudula* entra melancólicamente, con los ojos arrasados en lágrimas.

GALA. (*Estremeciéndose al oír los pasos.*)  
 ¿Quién és? (*Reconociendo a Gudula.*)  
 ¡Ah!, tú, Gudula... ¿La dejaste encerrada?  
 GUDU. (*Eniregándole dos grandes llaves de plata.*)  
 Encerrada, ¡hija mía!, lo mismo que a las fieras.  
 GALA. ¿Cuándo, al fin, veré enjutos tus ojos?...  
 GUDU. Cuando quieras  
 libertar a mi hija.  
 GALA. Entonces, desdichada,  
 jamás miraré secas las fuentes de tu llanto...  
 GUDU. (*Suplicante.*)  
*Galaor*, oye. Escucha. ¿Por qué, si la amas tanto, por qué la tienes dentro de esa torre, cautiva?...  
 ¡La hija de mis entrañas está enterrada en vida!

GALA. *(Piadosamente.)*

No, Gadula: yo nunca pensé hacerla dichosa, como nunca he pensado, dulce alma lacrimosa, darle voz a las piedras y espíritu al acero...

*(Con terror, mirando a todas partes.)*

Mas teniéndola presa en esa torre, espero libertarla de aquello que está para llegar...

GUDU. *(Cavendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)*

¡Ten piedad de una madre desolada, Dios mío!

GALA. *(Alzándola dulcemente.)*

¿Crees que Dios, desde el cielo, tus quejas va a [escuchar?

Ilusiones pueriles... Se pierde en el vacío la voz que a Dios se eleva... Pon la vista en el mar. Las olas que allá miras no cesan de llorar; mas nosotros, que el hábito de escucharlas tenemos, tan sólo las oímos cuando oirlas queremos...

¡Av, por mucho que gimas en tu desolación,

Dios, verdugo impasible, tu voz no ha de escuchar, pues para sus oídos nuestros gemidos son como para nosotros los gemidos del mar!

GUDU. *(Con fe.)*

¡Dios premia, tras la muerte, las penas de la [vida!...

GALA. ¿Piensas que Dios, acaso, pobre madre afligida, cuando llegue la muerte, justicia nos va a hacer? Pudiera ser, pudiera... Mas también puede ser que nos mire lo mismo que al mar estamos viendo, y olvide a los que van a la tumba cayendo, igual que yo me olvidó, después de un claro día, de las ondas que muere, llorando en su agonía.

GUDU. *(Horrorizada.)*

¡Blasfemas!

GALA. Si blasfemo, sólo Dios es culpable...

Dios, que mirár me ha hecho en el mar agitado de nuestra pobre vida el símbolo inmutable, el símbolo que tantas veces me ha alucinado, que eriza mis cabellos y mi terror revela, que en sueños me apuñala y despierto me hiela... Si ver la vida quieres, pon tu vista en el mar. *(Levantándose y aproximándose a la ventana.)*

Abre los ojos. Mira... Allá se ven trepar  
 los escollos, en choques confusos de gigantes,  
 corriendo v persiguiéndose, las olas ululantes.  
 Gimen, silban, aúllan, retuércense encrespadas ;  
 cambian besos v flores, blanden finas espadas ;  
 tienen gestos serviles v luego gestos bravos,  
 arouéanse como reves, se humillan como esclavos ;  
 no paran, corren siempre en filas luminosas ;  
 amenazan viriles, suplican lastimosas ;  
 unas derraman besos, otras clavan puñales ;  
 éstas visten de odio v de lujuría acuéllas ;  
 desnéñanse al abismo, se levantan triunfales  
 a las nubes, dan aves, v al final, todas ellas,  
 una a una, llorando, blasfemando o riendo,  
 en espuma, en la plava, van todas sucumbiendo.  
 Cada alma es una onda, Yérouese altivamente,  
 ouiere alcanzar el cielo v en él resplandecer  
 de estrellas v de soles coronada la frente...  
 Después, herida, viendo su efímero poder,  
 cae v muere deshecha en doloroso canto...  
 ¡Cada alma es una onda !... ¡La vida es mar de

[llanto !

(*Galaor se sienta de nuevo en el sillón, v Gudula  
 a sus pies, en el suelo, sobre una almohada de  
 terciopelo rojo, bordada en oro. Silencio corto.*)

GUDU.

¡Qué crueldad sin ejemplo ! ¡Qué inaudito mar-

[tirio,

tenerla así encerrada, como un cándido lirio,  
 en mazmorra sombría... ¡Cerrada, sobre estrella,  
 señor, con estas llaves que pesan más que ella !

GALA.

¡Quien te oviese creería que vo soy un león !...  
 Si la dicha no fuese tan sólo una ficción,  
 si vo mirar pudiera feliz a la hija mía,  
 ¡ mis brazos, para darle alas, me cortarían !  
 La amo, v ouiero librarla del dolor que me pesa !  
 ¡ La amo mucho, v por eso he de guardarla presa !  
 (*Misteriosamente.*)

GUDU.

De noche, la Desoracia estas salas recorre...  
 (*Abrazándose a las rodillas de Galaor.*)

GALA.

¡Galaor, abre pronto las puertas de su torre !  
 ¡Nunca, que la Desoracia está durmiendo ahora,  
 y es tan fugaz su sueño que a nada se incorpora !

Si le abriese las negras puertas de su prisión,  
estallando de júbilo tu noble corazón,  
con tan fuertes laudos tu pecho golpearía,  
que la Desgracia, entonces, al fin despertaría!...

GUDU. (*Desesperaaa.*)

Si es así, si despierta a los más leves ruidos,  
¿como ya no lo he hecho al son de mis gemidos?...  
(*Con dulzura, tomándole las manos.*)

¡Sacala de esa torre! Andaré yo a su lado,  
vigilandola siempre con maternal cuidado,  
como un ángel que cuida a un rosal muy en-  
[fermo!...

GALA. (*Rechazándola suavemente.*)

¡No insistas mas, Gudula! La flor que abre en  
[un yermo

en paz vive y fallece. Mas las plantas triunfales  
que encantan con su aroma los jardines reales,  
serán decapitadas por dedos retulgentes...

¡No insistas! Del acaso las alas inclementes  
vibran sobre nosotros cual desnudas espadas...

GUDU. ¡La bondad de Dios!

GALA.

Desde las torres elevadas  
nadie ve las hormigas entre el polvo pasar...

(*Lleno de un nuevo terror.*)

¡Ay! ¿Quién no teme a aquello que está para  
[llegar?...

¡Quien no siente el espanto de lo que ha de venir,  
es un ciego sin guía ni bordón, que imprudente  
cruza un estrecho puente, tan ruinoso, que siente  
las tablas carcomidas bajo sus pies crujir!

(*Pequeño silencio.*)

Atiende bien, Gudula. Una vez, era mayo,  
iba alegre de caza, en mi caballo bayo,  
entre risas de pajes y cantos de halconeros,  
cuando al cruzar un bosque de verdes limoneros,  
el nervioso corcel, viendo en la hierba en flor  
palpitar una hoja, llenóse de pavor,  
y conmigo lanzóse en tenebroso abismo...

Exponiendo la vida, con leal heroísmo,  
el mas mel de mis pajes, el noble Segismundo,  
del fondo del barranco me extrajo moribundo.  
Allí cerca se alzaba tu castillo feudal,

y a él me llevaron. Nunca tu mirada se había  
 —ni siquiera en un sueño—cruzado con la mía.  
 Mas al volver del tragico letargo de mi mal,  
 junto a la cabecera de mi lecho te vi  
 como a un angel. ¡Tus manos, al curar mis  
 [heridas,  
 eran tan luminosas, tan dulces, tan pulidas,  
 que, llorando de gozo, al Señor le pedi  
 que mi cuerpo de nuevo fuese una sola llaga!...  
 De ti quedé prendado... ¡Y aun recordar me  
 [halaga  
 aquellas dulces horas! «Que me amabas», de-  
 [cias...  
 ¡Oh, qué sueños de amores!... Al cabo de unos  
 [días

bendijo un arzobispo, Gudula, nuestra unión...  
 Parecimos entonces, ciegos por la pasión,  
 que el uno para el otro habíamos nacido,  
 como nacen dos aves para formar un nido,  
 y que al verte en la cuna sonreír amorosa  
 Dios decretado había que tú fueses mi esposa.  
 Mas, meditando un poco, fué una hoja agostada  
 la que unió nuestras almas...

GUDU.

(*Interrumpiéndole.*) ¡Hoja por Dios mandada!

GALA.

¿Por Dios?... ¿Por el acaso?... ¿Quién afirmarlo  
 [puede?...

Tan sólo sé que todo cuanto aquí nos sucede  
 tiene tantas raíces y tantos, tantos frutos,  
 que no doy paso en esta vida de horror y lutos,  
 sin que no me estremezca de terror al pensar  
 los males que este paso me puede ocasionar!...  
 Mas, Sibylla, ¿qué tiene que ver con todas esas  
 penas? Cantan felices otras nobles princesas...  
 Para ellas es la vida eterno amanecer...

GUDU.

¿Felices? Mas ¡que pronto lo dejarán de ser!

GALA.

Casarán las princesas y serán reinas luego;

se llenarán de hijos, y mil llagas de fuego

devorarán tenaces su carne corrompida...

¡Ay de los que se atreven a dar a un hijo vida!

¡Ay de los que se arriesgan! El nombre y la

[mujer  
 de los más negros crímenes cómplices pueden ser.

¡Imágnate toda la angustia que han sufrido  
la madre de un poeta y el padre de un bandido !...  
(*Se mete las manos en la cabellera revuelta.*)

GUDU. (*Carinosamente.*) ¡ Calmate !

GALA. ¡ Quién me diera un poco de sosiego !  
Mas ¿ cómo conseguirlo?, ¡ oh, Gudula !, si llego,  
recelando la pena que lejos me amenaza,  
a no sentir ahora la que me despedaza (*Delirando.*)  
¿ Lo que habra de llegar? ¡ Nadie, nadie se mueva !  
Dos hombres una vez entraron a una cueva ;  
a los dos abrasaba la misma sed de oro ;  
uno encontró la muerte y el otro halló un tesoro.  
En una negra y fria noche devastadora  
hizo carbon un rayo a una pobre pastora  
que fué a buscar abrigo—¡ oh, dura suerte impía !—  
bajo una vieja haya que yo plantado habia  
cuando eran puras como las hostias estas manos.  
Dos jovenes hermanas encuentran dos hermanos.  
Eligen los esposos... La lujuria se espeja  
en sus ojos... ¡ Dios mío !... Mas de cada pareja  
un asesino nace... Tal vez naciese un santo  
si la elección es otra... En cada esquina, en tanto,  
el Azar nos espia... ¡ Misterio alucinante !...  
Se cae una columna y mata a un caminante.  
¿ Qué está para llegar?

GUDU. ¡ Oh, mi hija adorada !

GALA. Bien sé que vive triste, pero no esta amargada.  
¡ Y asi, triste la quiero ! La risa atrae el dolor,  
que va tras ella, como siervo tras su señor...  
¡ Llorad, llorad sin treguas ! El que pasa riendo  
es como el que un talego de oro va sacudiendo  
por un pinar sombrío donde acechan ladrones !...  
No insistas mas, Gudula, que tus lamentaciones  
son vanas. Encerrada en esa fortaleza,  
nadie podrá robarle su angelical pureza !

GUDU. ¡ Qué locamente piensas ! Pues juzgas que el des-  
es un tímido huérfano o una débil mujer [tino  
que enmudece de espanto y se acobarda al ver  
la sombra de un viajero que le corta el camino !  
Puedes, Galaor, de hierros y bronces cubrir  
las puertas de su cárcel, y hasta hacerlas guardar  
por dos fieros leones de sangriento mirar...

- ¡Las puertas han de abrirse, si Dios las manda  
[abrir!  
¡Que Dios no te castigue! Si El quisiese, Sibyla  
escapase ahora mismo de su helada prisión...
- GALA. (Inquieto.) Mas ¿cómo?  
GUDU. ¿Cómo? Muerta.  
GALA. (Oculta la cabeza entre las manos.) ¡Muerta!  
[¡Tienes razón!  
La tienes...
- GUDU. ¿Por qué tiembblas? ¿Por qué tu voz vacila?  
Palidece tu rostro... Galaor, ¿en qué piensas?
- GALA. (Como delirando.) En lo que va a llegar... ¡Por  
[qué florestas densas  
anda mi alma! El frío en mis carnes acuchilla... ;  
siento aullar a los lobos... ¡Qué horrible pesadi-  
[lla!  
(En voz baja, como quien descubre un secreto.)  
Y muchas veces, muchas, conversando contigo,  
pienso que este tormento es el justo castigo  
de aquel mi odioso crimen...
- GUDU. (Espantada.) ¿Qué crimen cuentas? Di...  
GALA. Ame a otra mujer antes de amarte a ti,  
y de ella tuve un hijo. Y en vez de estrangularle,  
o de pasar mi vida junto a él, para librarle  
de todos los escollos y abismos traicioneros,  
le arrojé indiferente por los despeñaderos  
a las ondas brutales de la vida cruel...  
¿Qué le habrá sucedido?
- GUDU. ¿No sabes nada de él?  
GALA. No. Apenas fué nacido le dejé en una estrada...  
Era al caer la tarde... Y al romper la alborada  
no estaba ya en el sitio donde yo lo escondiera...  
¿Quién lo robó? No sé... ¡Quizá alguna hiena!  
(Pequeña pausa.)  
Tal vez si lo intentase consiguiera encontrarlo.  
Le coloqué en el cuello, antes de abandonarlo,  
engarzado en un rico collar de oro, un anillo  
con un rubí de Oriente de extraordinario brillo...  
¡Jamás, jamás, Gudula, buscarle he procurado!  
El recelo, quizá, de verle desgraciado,  
palido, sollozando por su infortunio inmenso,  
paralizame cuando en encontrarle pienso...



SIBYLA. (*Su voz, dulcemente amortiguada por la distancia.*)

Trajeron claveles  
 blancos y encarnados,  
 y adorné con ellos  
 mis bucles dorados.  
 ¡Qué alegres venían!  
 ¡Qué aroma tan blando!  
 ¡Al verlos diríase  
 que estaban cantando!  
 Mis ojos leales  
 después los miraron...  
 ¡Pusiéronse tristes  
 y se marchitaron...  
 No sé qué desgracia  
 en mí traigo presa...  
 No sé si en mis ojos  
 despiertan tristezas,  
 o si son mis ojos  
 llorosas turquesas,  
 ¡que hasta en la alegría  
 divisan tristezas! (*El canto desfallece extenuado  
 de dulzura. Galaor y Gudula se contemplan con  
 los ojos húmedos de lágrimas.*)

GALA. ¿Eres tú quien le enseña esos cantos de amores?

GUDU. Yo no. Pero los cantos dolientes y argentinos  
 le nacen en el alma como si fuesen flores,  
 porque también en mayo florecen los espinos.

GALA. ¿De qué te habla en la torre? ¿Qué sueña?

GUDU. ¡Desdichada!

Quiere saberlo todo...

GALA. ¿Y tú?

GUDU. Titubeante,  
 obedezco tus órdenes. Le miento en todo instante.

GALA. ¿Y ella?

GUDU. Jamás me cree.

GALA. ¿Jamás te cree?

GUDU. Nada.

Todo es inútil... Todo. Por más, por más que in-  
 [tente

decirle que en el mundo existen solamente  
 tres seres: tú, yo y ella, no cree...

- GALA. ¡ Desdichada !  
 ¡ Continúa ! ¡ Habla !
- GUDU. Dice que existe otra persona digna por su belleza de ceñir tu corona...  
 Un señor muy hermoso con las manos de nieve, que llegará a buscarla en breve, ¡ muy en breve !
- GALA. *(Como loco, sujetándola por un brazo.)*  
 ¡ Me desgarró el pecho !... ¡ Qué horror ! Vamos, [confiesa que fuiste tú, ¡ oh madre desnaturalizada !, quien hablando de amores envenenaste esa conciencia que era como paloma inmaculada !... ¿ Qué has hecho ? Di, ¿ qué has hecho ?
- GUDU. *(Con noble firmeza.)* Si fui yo, Galaor, la que sembró en su pecho la simiente de amor, ¡ que Dios mi cuerpo cubra de llagas horribles !  
*(Dulcificando la voz.)*  
 Mas los rosales nunca aprenden a dar rosas...  
 ¡ Todo perdido ! ¡ Todo !
- GALA. Y ahora ¿ por qué motivo conservar aún intentas ese cuerpo cautivo, si su alma vuela libre y, volando, se aleja por el azul del cielo buscando su pareja ?  
 Déjala ya que salga, y verás la sonrisa en mis labios exangües...
- GALA. Ahora es cuando precisa vivir más alejada del engaño del mundo.  
 ¡ El pozo más inmenso será poco profundo para encerrarla !
- GUDU. ¡ Escucha ! ¡ Tanta pena estremece su pecho, que da lástima ! Apenas amanece, ansiosa de ver todo lo que nunca ha mirado, las planicies, los mares y ese cielo azulado, a un escabel se sube a ver si al fin alcanza la ventana que encierra su suprema esperanza. Y aunque no llega aún, parece, Galaor, que para que no sea su anhelo cosa vana, su cuerpo esbelto y ágil crecer hace el Señor.
- GALA. *(Con dureza.)* ¡ Es preciso, Gudula, tapiar esa [ventana !
- GUDU. *(Inclinándose con amarga sumisión.)*  
 ¡ Y manda al mismo tiempo cavar mi sepultura !...

- GALA. (*Agitándose desesperadamente.*)  
 ¡Ay, qué infortunio el mío!... ¡Qué implacable  
 [tortura!  
 ¡Mirar podrán sus ojos maravillas y horrores,  
 cuerpos llenos de llagas y jardines con flores!  
 Sus ojos infantiles, estrellas luminosas,  
 mirarán las galeras que arriban victoriosas,  
 y quedarán soñando con países distantes,  
 con ciudades de púrpuras, con islas de diamantes...  
 ¡Van a ver sus pupilas! ¡Le dirán que es hermosa  
 todas las cosas feas, y hasta las cosas bellas,  
 nubes, rosas y cisnes, crepúculos y estrellas,  
 le dirán cómo es su belleza preciosa!...  
 Van a ver de los árboles los connubios obscenos  
 que henchirán de lujuria sus virginales senos...  
 ¡Sus ojos van a abrirse!... ¡Van a ver!... Van a  
 [abrir  
 las puertas de su alma, de la inviolada Ofir  
 a la trágica y negra cohorte de la Sueve:  
 ¡la Ambición, el Deseo, la Desgracia y la Muerte!  
 ¡No puede ser! (*Toma las dos llaves de plata a  
 escondidas de Gudula, las oculta bajo el manto y  
 se dirige a la puerta.*)
- GUDU. (*Queriendo detenerle.*) ¡Escucha! ¿Adónde vas?  
 [¿Adónde?
- GALA. No lo sé... ¡Quiero aire! (*Sale.*)
- GUDU. (*Desde la puerta*) ¡Galacr!  
 (*Pequeña pausa.*) ¡No responde!

## ESCENA V

*Gudula, descendiendo al fondo de la escena.*

¿Dónde iré? ¿Dónde iré? ¡Quién conoce el camino  
 a donde nos empujan las fuerzas del Destino!  
 Acaso sus pesares los vaya a consolar  
 oyendo los gemidos prolongados del mar. (*Se sienta  
 junto a la ventana y se queda un momento miran-  
 do al mar en sombra.*)  
 No sé qué es; mas aigo, algo la noche espera...  
 Se oye un rumor lejano, como si una galera

de esperanzas y ensueños y músicas colmada,  
llegase desde lejos, desde una primavera,  
a embriagar de canciones y a dejar perfumada  
la soledad profunda de esta estéril ribera...

¿Qué oirán nuestros oídos? ¿Qué verá la mirada?  
¿Una nueva tristeza? ¿Una nueva alegría?

SIBYLA. *(Su voz, dentro, con acento desgarrador.)*  
¡Madre! ¡Madre! *(Gudula se levanta asustada.)*

GUDU. ¡Sibyla! *(Se queda un instante atenta e inmóvil, como si interrogase al silencio.)*

¿Será la voz del viento  
al deshojar las rosas del jardín, o el lamento  
de una ola que muere en la costa bravía?

SIBYLA. *(Con voz más desgarradora.)* ¡Madre! ¡Madre!

GUDU. *(Dirigiéndose a la puerta.)* Es Sibyla. ¿Qué pasa?

SIBYLA. ¡Madre mía!

## ESCENA VI

*Gudula y Galaor.*

*(Gudula va a salir, mas se detiene al ver aparecer a Galaor, que entra pálido y trémulo, haciendo esfuerzos inauditos por ocultar su agitación.)*

SIBYLA. *(Siempre su voz.)* Saltaron mis ojos  
en tanto dormía...

¡Soy ciega, mas veo  
mejor que veía!

¡Oh, mi lindo novio!

¡Con sus manos bellas  
anda por el cielo

cogiéndome estrellas!

¡Ahora le estoy viendo  
por verdes jardines,

con sus manos bellas  
cortando jazmines.

¡Allá va mi novio

por los arenales,  
con sus manos bellas

buscando corales!

¡Ya llega mi novio,  
que loco de amores

me ofrece corales,  
estrellas y flores!  
El día y la noche  
para mí son día...  
¡ Soy ciega, mas veo  
mejor que veía!

*(Galaor y Gudula escuchan la canción cerca de la  
puerta, visiblemente emocionados.)*

GUDU. *(Enternecida.)*  
¡ Oh qué canción tan bella! ¡ Qué voz tan clara  
[y pura!  
¡ Nunca he escuchado un canto de tan honda dul-  
[zura!

GALA. *(Trágicamente pálido, lleno de amargura.)*  
Los ruisseños cantan mejor si alguien les ciega.

GUDU. *(Despavorida, viendo el aspecto terrible de Galaor.)*  
¿ Qué tienes, Galaor? ¿ Qué profundos enojos  
te hacen palidecer? ¿ Por qué tiembles? Sosiega...

GALA. *(Trágicamente.)*  
¡ Con mi puñal, Gudula, le he saltado los ojos!  
*(Gudula cae al suelo desmayada. Galaor se arrodi-  
lla junto a ella, abrazándola y besándola.)*

SIBYLA. *(Mientras cae el telón.)*

Picaron mis ojos  
en tanto dormía...  
¡ Soy ciega, mas veo  
mejor que veía!

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

Una larga y tenebrosa abovedada. A la izquierda, separada por una gran puerta de bronce, parte de la prisión de Sibyla. En un extremo se ve una rueca. A la derecha, una escalera de piedra. Al fondo, una puerta y una ventana de gruesos barrotes por donde penetran las últimas claridades del crepúsculo.

## ESCENA I

*Galaor y Segismundo, junto a la escalera, conversando en voz baja.*

- GALA. ¡ Antes de que llegue con las sombras lo que está ya para todas las puertas de este gótico llegar, palacio fúnebre cerrad !  
 Marchaos todos y dejadnos en esta eterna soledad !  
 ¡ Para que nadie pueda abrirnos tirad las llaves a la mar, donde ésta sea tan profunda como la misma eternidad !
- SEGIS. Señor, ¿ qué os pasa ? Vuestros ojos parecen trágicos que van a desprenderse de sus órbitas ; tenéis tan pálida la faz cual si los labios de la Muerte os acabasen de besar.
- GALA. ¿ Por qué tembláis como las hojas ?  
*( Con misterio. )* Por lo que está para llegar...  
 ¿ No ves su sombra que se arrastra por los jardines, a espiar, como un ladrón que nos acecha, la mano puesta en su puñal ?  
 Por estos patios, ¿ no has mirado en la penumbra fulgurar fosforescentes sus pupilas como los ojos de un chacal ?  
 En los espejos polvorosos, ¿ no has visto rápido cruzar

como el perfume de un aliento  
 que empaña el límpido cristal?  
 Como el nocturno caminante  
 que atravesando el monte va,  
 antes de ver al lobo oculto  
 entre el espeso matorral,  
 siente erizársele el cabello  
 y de pavor se echa a temblar,  
 así yo siento, antes que verlo,  
 a lo que está para llegar...

*(Pausa. Se dirige al fondo, llevando del brazo a Segismundo.)*

Rugen las olas encrespadas;  
 aulla va cerca el huracán;  
 brillan relámpagos sangrientos;  
 retumba el trueno... Tú dirás,  
 mientras medroso, santiguándote,  
 sin voz te pones a rezar:  
 —¡Ay, desdichados los que andan  
 en frágil leño sobre el mar!

¡Ay infelices caminantes  
 que en medio de la tempestad  
 van tanteando por la sierra  
 sin el amparo de un hogar!  
 Mas el marino hallará puerto  
 o entre las olas se hundirá;  
 y el caminante acaso pueda  
 buscar refugio en un pajar...  
 ¡Vivos o muertos, todos hallan  
 límite o término a su mal!  
 Mas hay pesares en mi vida  
 que nunca, nunca han de acabar:  
 ¡ni devórarlos quiere el lobo,  
 ni sumergirlos puede el mar!  
*(En voz baja, lleno de pavor.)*

Espero algo inevitable,  
 algo que esté para llegar;  
 algo que pasa inadvertido  
 en medio de la oscuridad...  
 Lo que jamás ojos mortales  
 han visto, paje, ni verán,  
 pues quien rasgar quiere su velo

para mirar la ignota faz,  
se queda inmóvil como esas  
estatuas místicas que están  
sobre las tumbas de los reyes  
en nuestra vieja catedral...

*(Pequeña pausa.)*

SEGIS.

¡Marchaos todos y dejadnos  
en esta eterna soledad!

*(Con la voz conmovida.)*

¡ Porque he crecido como un hijo  
a vuestro lado, en vuestro hogar;  
por el amor que me tenéis;  
por estas lágrimas..., dejad  
que a vuestro lado viva siempre  
y que os defienda mi lealtad!

Por si viniese la desgracia  
vuestra existencia a amenazar,  
dejad que vele como un perro,  
acurrucado en vuestro umbral!...  
Y ¡ ay del fantasma o de la sombra  
que aquí se atreva a penetrar!

*(Se lleva la mano a la espada.)*

GALA.

¡ Todo es inútil, Segismundo! *(Emocionado.)*

Todo es en vano... Vete ya...

No me haces falta, pues tu espada  
es buena para guerrear  
con seres vivos, mas con sombras,  
¿de qué tu espada servirá?

¡ Será lo mismo, paje mío,  
que si la hundieses en el mar!

*(Pequeña pausa.)*

Márchate, paje, y vuelve cuando  
torne a mi espíritu la paz...

Entonces puedes, Segismundo,  
de nuevo el cuerno resonar,  
traer halcones en la diestra,  
a los sabuesos atraillar...

y galopando por los bosques,  
de nuevo iremos a cazar...

¿ Hoy o mañana? ¡ Qué me importa!

¿ Aves o sueños? ¡ Qué más da!

Podrás sonar áureos clarines;

a mis mesnadas congregar ;  
entre florestas de alabardas  
mi roja enseña tremolar...,  
y partiremos a la guerra  
de nuevo, paje, a conquistar...  
¿Hoy o mañana? ¡ Qué me importa !  
¿Cuna o sepulcro? ¡ Qué más da !  
Mas ahora, ahora si me amas,  
si te condueles de mi mal,  
vete y no tornes... En mi alcázar,  
que hoy es morada sepulcral,  
cantos de amor, de caza y guerra  
no han de volver a resonar...  
Tan sólo lágrimas, sollozos,  
crispar de puños, rechinar  
de dientes... ¡ Todos los dolores  
de la llegada humanidad !  
Pero, Sibyla...

SEGIS.  
GALA.

¡ Calla, calla ! (*interumpiéndole brus-*  
*camente.*)

Si a tu señor eres leal,  
¡ nunca ese nombre a mi presencia  
te atrevas más a pronunciar !

SEGIS.

¡ Señor, al irme de palacio,  
de ella, a la fuerza, os he de hablar !  
Murmura el vulgo de su encierro,  
y hasta llegaron a trovar  
una canción sobre su historia,  
canción que os voy a recitar :  
«A la princesa Sibyla,  
bella como un lirio en flor,  
en una torre encerrada  
la tiene el rey Galaor.  
Porque no amase, su padre  
sus lindos ojos cegó :  
ruiseñor ciego entre hierros  
cantará más y mejor...

¿Pues qué valen las prisiones  
y hierros contra el amor?»

GALA.

(*Fuera de sí, sujetándole por el cuello.*)  
Calla, o mueres...

- SIBYLA. (*Su voz. desde la prisión.*) Padre mío,  
¿con quién, dime, con quién hablas?
- SEGIS. Señor...
- GALA. (*En voz muy baja. empujándole hacia la escalera.*)  
¡Silencio o te hundo  
mi puñal en la garganta!
- SIBYLA. (*Impaciente. apareciendo en la prisión y acercándose a tientas a la puerta.*)  
Padre mío, ¿no respondes?
- GALA. (*Soltando a Segismundo.*)  
¡Nuestra deuda está pagada!  
¡Si tú mi vida salvaste,  
hoy la tuya dejo salva!  
Vete, y que contigo todos  
mis servidores se vayan...  
Voy, mi hija... (*En voz alta.*)
- SEGIS. Mas oidme...
- GALA. ¡Silencio!... ¡Vuelve Mañana! (*Empujándole.*)  
que quiero por esta noche  
quedarme solo en mi alcázar!  
(*Segismundo desaparece por la escalera. Galaor  
se vuelve hacia la prisión de Sibyla.*)

## ESCENA II

### Galaor y Sibyla.

- GALA. (*Metiendo las llaves, que lleva prendidas al cinto, en la doble cerradura.*) ¿Qué quieres?
- SIBYLA. ¡Cuánto has tardado!  
¿Con quién hace poco hablabas?  
(*Galaor abre la puerta, que rechina tristemente, y en el dintel aparece la blanca figura de Sibyla.*)
- GALA. Con mis propios pensamientos,  
que encontrados batallaban...  
(*Abraza cariñosamente a Sibyla y la besa en la frente.*)
- SIBYLA. (*Abrazándose al cuello de su padre, con la voz muy dulce.*)  
Déjame salir... ¡Si vieras  
cómo es lúgubre esta estancia!

Estos muros son tan fríos,  
tan triste perfume exhalan,  
que al respirarlo se llenan  
mis ojos ciegos de lágrimas.  
(*Galaor tiembla y se estremece todo al recuerdo de la escena terrible.*)

GALA. (*Dulcemente, dándole la mano para servirle de lazarillo.*) Toma la mano, hija mía...

SIBYLA. ¿Por qué te tiembla? (*Al cogerla entre las suyas.*)

GALA. (*Intensamente pálido.*) Por nada.

SIBYLA. (*Acariciando entre las suyas la mano paterna.*)

¡Qué bellas eran tus manos!

Tan finas, blancas y pálidas  
como las que anoche, en sueños,  
las trenzas me acariciaban.

GALA. (*Lleno de terror.*) ¿Soñaste anoche, hija mía?

SIBYLA. (*Sonriente, con ingenua felicidad.*)

Soñé... No sé dónde estaba.

El aire era tan fragante  
y tan puro, que mi alma,  
no cogiéndome en el pecho,  
por mis labios se escapaba,  
y como pluma en el viento,  
por los espacios volaba...

Tú y mi madre estabais lejos,  
y a mi lado se encontraba  
un mancebo tan gallardo  
como un ángel...

GALA. (*Violentamente, poniéndole la mano en la boca.*)

Basta, basta;

olvida esos locos sueños.

SIBYLA. ¿Te ofendo con ellos? (*Tristemente.*)

GALA. (*Conmovido.*) ¡Calla!

¡Perdóname! ¡Dame un beso! (*La besa.*)

(¡Se me han saltado las lágrimas!)

SIBYLA. ¡Lo mismo que tú me besas (*Con júbilo.*)

el mancebo me besaba!

GALA. (*Intensamente agitado, cubriéndose el rostro con las manos.*)

¿Qué dices? ¡Horror, Dios mío!

SIBYLA. ¿Te molestan mis palabras? (*Con lágrimas.*)

¿Qué mal te causo soñando?

¿Por qué de mí te separas?  
 ¡Yo que pensaba alegrarte  
 recitando al son del arpa  
 la canción que escuché en sueños,  
 y que no sé quién cantaba!...

GALA.  
 SIBYLA.

¿Una canción?  
 ¡Y tan dulce  
 que suspiro al recitarla!  
 Tráeme el arpa... Ha de gustarte...  
*(Galaor se estremece, dudando en concederla lo  
 que pide.)*

Desde que ciegos se hallan  
 estos pobres ojos míos,  
 más dulces mis labios cantan.  
*(Se lleva la mano a los ojos. Galaor, conmovido,  
 se inclina y se los besa.)*

GALA.

*(Aparte, entrando por el arpa.)*  
 ¡Sus palabras son puñales  
 que en mi corazón de clavan!  
*(Entra y sale al momento con el arpa.)*  
 Aquí está ya...

*(Aproxima paternalmente a la ciega el arpa. Los  
 dedos de Sibyla buscan y acarician las cuerdas  
 como si fuesen cosas vivas.)*

SIBYLA.

Pues comienzo...  
 ¡Las cuerdas están templadas!  
*(En el centro de la escena, Sibyla recita, acompa-  
 ñándose del arpa. Galaor la oye, apoyado en la  
 puerta de la prisión.)*

En tierra lejana  
 tengo yo una hermana.  
 Siempre en primavera  
 mi llegada espera  
 tras de la ventana.  
 Y a la golondrina  
 que en sus rejas trina  
 dice con dulzura:  
 «¡Por aquella espina  
 que arrancaste a Cristo,  
 dime si le has visto  
 cruzar la llanura!»  
 El ave su queja

lanza temerosa,  
y en la tarde rosa  
bajo el sol se aleja.  
Desde su ventana,  
mi pálida hermana  
pregunta al viajero  
que camina triste :  
«¡ Por tu amor primero,  
dime si le viste  
por ese sendero !»  
Pero el pasajero  
su calvario sube  
y se aleja lento,  
dejando una nube  
de polvo en el viento.  
Desde su ventana,  
a la luna grita  
mi pálida hermana :  
«¡ Por la faz bendita  
del Crucificado,  
dime en qué sendero  
tu rayo postrero  
su paso ha alumbrado !»  
La luna, la vaga  
llanura ilumina,  
trémula declina  
y en el mar se apaga.  
Acaso yo errante  
pase vacilante  
bajo tu ventana,  
y sin conocerme,  
mi pálida hermana,  
preguntes al verme  
venir tan lejano :  
«Dime, peregrino,  
¿ has visto a mi hermano  
por ese camino ?»

*(Mientras Sibyla recita, aparece por la escalera Gudula; se detiene un momento, y después, para no interrumpirla, se aproxima sin hacer ruido a Galaor, y cogidos de las manos permanecen juntos a la puerta de la prisión oyendo la canción.)*

## ESCENA III

*Dichos y Gudula.*

- (*Al terminar Sibyla la canción, Gudula y Galaor quedan inmóviles, sollozando quedamente.*)
- SIBYLA. (*Abandonando las cuerdas del arpa.*)  
¿Por qué callas, padre mío?  
¿Dónde estás?
- GUDU. ¡Sibyla! (*Corriendo a abrazar a su hija.*)
- SIBYLA. ¡Madre! (*Reconociéndola.*)
- GALA. ¡No puedo más! (*Con acento desesperado.*)
- SIBYLA. ¡Madre mía! (*Acariciando a su madre.*)  
¿también mi canto escuchaste? (*Con pena.*)  
Tienes húmedos los ojos...  
(*Tiende las manos como copas para recoger el llanto materno.*)  
Y tibias y lentas caen  
tus lágrimas en mis manos,  
cual si mis dedos besasen...  
(*Galaor permanece inquieto, con el oído atento, como si oyese algún rumor. Se dirige al fondo y escucha.*)
- GALA. (¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!)  
Me parece que anda alguien  
por el jardín. (*A Gudula, inquieto.*) ¿Has oído  
pasos, Gudula?
- GUDU. (*Tranquilizándole.*) ¡Es el aire!  
(*Pequeña pausa. Gudula sienta a Sibyla en un banco, jurto a la puerta de la prisión.*)
- GALA. (*A Gudula, misteriosamente.*)  
Voy a vigilar... Espera...  
Vendré al momento a buscarte! (*Desciende por la escalera con la mano en la empuñadura de la espada, como si fuese a desenvainarla.*)

## ESCENA IV

*Sibyla y Gudula sentadas en un escabel. Momento de silencio. El viento estremece la puerta del foro.*

SIBYLA. Lllaman a la puerta. *(Oyendo el ruido.)*  
Madre, ¿quién será?

GUDU. El viento, hija mía,  
que gime al pasar.

SIBYLA. *(Intranquila, como si esperase algo.)*  
No es el viento, madre;  
¿no oyes suspirar?

GUDU. *(Pasándola las manos por los cabellos.)*  
El viento, que al paso  
deshoja un rosal.

SIBYLA. *(Impaciente.)* No es el viento, madre;  
¿no escuchas hablar?

GUDU. El viento que agita  
las olas del mar.

SIBYLA. *(Levantánaose.)* No es el viento... ¿Oíste  
una voz gritar?

GUDU. El viento, que al paso  
rompió algún cristal...  
*(Se oye un canto lejano y fugitivo, en el cual se  
escucha vagamente la palabra «amor».)*

SIBYLA. *(Escuchando.)* «Soy el amor—dicen—,  
que aquí quiero entrar...»

GUDU. *(Empujando dulcemente a Sibyla hacia su prisión.)* ¡Duérmete, hija mía!  
¡Es viento... no más!... *(Entran en la prisión.)*

## ESCENA V

Aparece *Galaor*, sombrío y receloso, por la escalera, con la espada desnuda en la mano.

GALA. ¡Ay!, por todas partes creo  
ver fantasmas en el aire,  
y es porque están los fantasmas

- dentro de mi propia carne...  
 Gudula... Sibyla... (*Aparecen las dos en el umbral.*)  
 ¡ Es hora !
- GUDU. (*Besando a Sibyla.*) ¡ Adiós, mi hija !
- SIBYLA. (*Abrazándose al cuello de su madre.*)  
 ¡ Adiós, madre !  
 (*Galaor besa a su hija y después cierra la puerta con dobles llaves. Gudula permanece cerca de la prisión con la cabeza baja entre las manos.*)
- GUDU. (*Sollozando, a Galaor.*)  
 ¿ Por qué, por qué para siempre esa prisión no le abres ?
- GALA. Calla, Gudula ; prefiero mirarla muerta, a que manche en el fango de la vida sus blancas plumas de arcángel...  
 ¡ Y puede llegar un viento y deshojar los rosales !  
 (*Descienden lentamente por la escalera. Gudula solloza apoyada en el brazo de Galaor.*)
- GUDU. (*Al descender.*)  
 ¡ Virgen santa ! ¡ Virgen santa !  
 ¡ Tened piedad de una madre !

## ESCENA VI

Se oye rumor de pasos en la puerta del fondo.

- SIBYLA. (*Aproximándose a la puerta.*)  
 Pisadas de oro  
 hasta aquí se acercan...  
 ¡ La voz de los ángeles más dulce no suena !  
 Llueven rosas blancas sobre mí al oirlas...  
 ¡ Pasos de mi novio, llegad más de prisa !  
 ¡ Ven quedo, más pronto, bello novio mío !...  
 ¡ La voz de mi canto te indica el camino !



## ESCENA VII

*El Desconocido aparece en la puerta del fondo y se dirige a tientas hasta la puerta de la prisión.*

DESC. (*Parándose.*

¡La voz de aquí venía..., o bajaba del cielo!  
La voz que es como un bálsamo de amor y de  
[consuelo...]

Del salón en que aguarda esta es, quizá, la puerta.  
Nada se oye... Nadie... La escalera desierta,  
esos patios musgosos, el jardín olvidado,  
los surtidores mudos, las salas polvorosas,  
y este fúnebre y húmedo silencio de las ccsas...

¿No será este palacio un palacio encantado?  
Y la voz que yo he oído, ¿no será algún lamento  
que a las mohosas cuerdas de algún arpa olvidada  
arranquen en la sombra los suspiros del viento?

¿Será el eco remoto de aquella voz soñada?  
Todo calma y olvido... ¿Acaso estoy soñando?  
Sólo el rumor lejano del mar que se embravece,  
y al chocar con las rocas su lamento parece  
los gemidos de un naufrago que están asesinando.

SIBYLA. (*Hilando. Al empezar la canción, el Desconocido se aproxima a la puerta y se queda con el oído pegado a la cerradura, como extático:*)

La virgen cantaba,  
la dueña dormía...  
la rueca giraba  
loca de alegría...  
«Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones.  
Gira, rueca mía;  
gira, gira al viento...  
¡Amanece el día  
de mi casamiento!  
¡Hila con cuidado  
mi velo de nieve,

que vendrá el amado  
 que al altar me lleve !  
 Se acerca... Lo siento  
 cruzar la llanura...  
 ¡ Sueña la ternura  
 de su voz el viento !  
 Gira, rueca loca ;  
 gira, gira, gira...  
 ¡ Su labio suspira  
 por besar mi boca !  
 Gira, que mañana,  
 cuando el alba cante  
 la clara campana,  
 llegará mi amante !  
 Cordero divino,  
 tus blancos vellones  
 no igualan al lino  
 de mis ilusiones.»  
 La luz se apagaba,  
 la dueña dormía,  
 la virgen hilaba...  
 Y sólo se oía  
 la voz crepitante  
 de la leña seca...  
 ¡ y el loco y constante  
 girar de la rueca !

DESC. (*Con voz emocionada, golpeando la puerta.*)  
 ¡ Por fin ! Es su voz... Abreme. Soy yo, mi dulce amor.

SIBYLA. (*Acercándose.*)  
 ¡ Al fin, al fin llegaste, mi esperado señor !  
 Oyéndote me siento como envuelta en un manto  
 de nardos... Dueño mío ; ¿ por qué tardaste tanto ?  
 ¿ En qué rama espinosa se enredó tu vestido ?  
 ¿ Qué arroyo desbordado tu paso ha detenido ?  
 ¿ Tu corcel cayó exánime ? ¿ No hallaste una galera  
 que quisiera traerte a esta alegre ribera,  
 donde yo te esperaba, por tu ausencia dolida,  
 para darte en un beso la ofrenda de mi vida ?  
 DESC. ¡ Hace ya tantos años que en vano te buscaba !  
 Cuando huérfano y pobre la existencia pasaba,  
 sollozando sin treguas, maldiciendo a la suerte

con los puños crispados invocando la muerte,  
 oí tu voz dulce y pura una noche soñando,  
 y fué sobre mi herido corazón derramando  
 con sus dedos de seda balsámicos aromas,  
 dulzuras de panales y arrullos de palomas.  
 Tu voz me llevó en naves ornadas de jazmines  
 por verdes archipiélagos de lucidos jardines,  
 por canales de oro, donde las mariposas  
 semejaban violetas, azucenas y rosas,  
 que las manos de un ángel, fragantes de belleza,  
 deshojasen, muy tenues, sobre nuestra cabeza.  
 Recelando aquella voz de celeste encanto,  
 que la voz aprilina, con el sueño se fuera,  
 desperté estremecido, todo bañado en llanto,  
 y erizada de angustia mi rubia cabellera...  
 Mas no huyó, que despierto, su suave canción  
 continúa arrullando mi pobre corazón...  
 Ella dora, platea y perfuma mis días...  
 ¡Qué promesas de lejos!, ¡oh dulce voz me

[hacías!

Palpitante de amores, en mi carrera loca,  
 por esa voz guiado, quise buscar tu boca.  
 Bajo nieves y lluvias visité mil países;  
 viví, como los viejos profetas, de raíces;  
 en alta mar, mil veces me han llorado por  
 [muerto;  
 me atacaron leones y la sed del desierto;  
 hasta que hace un momento, cruzando la profunda  
 arboleda sombría que este alcázar circunda,  
 al escuchar tu canto, vi que he llegado, al fin,  
 ¡oh mi rosa de oro!, a tu imperial jardín.  
 ¡Por Dios, abre la puerta!

SIBYLA.

¡Pobre de mí, cuitada!

Desde que era una niña vivo aquí encarcelada.  
 Dos grandes cerraduras con sus dientes de hierro  
 unen con estos muros las puertas de mi encierro,  
 y sus llaves de plata guarda en su cinturón  
 mi padre.

DESC.

*(Braceando colérico.)*

¿Y él te ha encerrado en tan negra prisión?  
 ¡Que las víboras broten donde pose su planta!  
 ¡Veneno el aire sea que asfixie sus pulmones!

¡ Que nidos de serpientes ahoguen su garganta,  
y devoren sus míseros despojos los leones !

SIBYLA. (*Suplicante.*)

Mi padre, el rey, me ama ; y me encerró su amor  
en esta negra y fría mazmorra, por temor  
de lo que ha de llegar. Peligros traicioneros  
que se abren como abismos al pie de los viajeros.  
Una noche, sabiendo que ya mi frente ufana  
llegar iba al alféizar de la única ventana  
de esta torre ; al saber que mis ojos, al fin,  
iban a ver los árboles de ese viejo jardín,  
el sol y las estrellas, los verdes naranjales,  
el mar y las florestas, y los pavos reales  
que decoran heráldicos la marmórea escalera  
—todo cuanto hasta ahora en sueños sólo viera— ;  
creyendo que mirarlos un mal me causaría,  
él, que diera su vida por verme sin enojos,  
y que tiembla al hablarme, llegó mientras dormía,  
y con su propio acero me ha cegado los ojos !

DESC. (*Dolorido y amenazador.*)

¡ Ni el amor de tu hija, ¡ oh miserable !, alcanza  
a librarte del peso de mi justa venganza !

¡ León, te harán pedazos mis dientes y mis uñas !

¡ Te daré muerte, ¡ oh rey !, con el cetro que  
[empuñas !

¡ Y antes que te devoren las carniceras aves,  
el corazón del pecho te arrancaré... y las llaves !

SIBYLA. (*Con llorosa vivacidad.*)

¡ Señor, no le des muerte ; yo no le puedo odiar !

¡ Me adora tanto ! ¡ Siempre que aquí me viene  
[a hablar,

humedecen mis manos las lágrimas que llora !

DESC. (*Siempre colérico y amenazador.*)

¡ Tu voz me dice que eres linda como la aurora !

¡ Que él tan infeliz sea como tú hermosa !...

SIBYLA.

¡ Calla !

¿ No ves que de tristeza mi corazón estalla ?

¡ No ultrajes a mi padre, que me ama con locura !

Oye : ve a verle ahora... Háblale con dulzura.

Dile el amor inmenso que a nuestras almas liga ;  
pídele, humildemente, con voz dulce y amiga,



(Contemplando a los dormidos.)

Están los dos durmiendo... Así libro a mi mano  
de mancharme en la inmunda sangre de ese  
[tirano ;

del rey loco que ciega, sin morir de amargura,  
a su única hija... (Reparando en las llaves.)

¿Qué es lo que allí fulgura?

Las llaves...

(Se aproxima quedamente y las recoge. Después,  
contempla a Galaor.)

Duerme, viejo, y ¡ay de ti si despiertas!

GALA. (Soñando alto. El Desconocido retrocede unos pasos y levanta el puñal.)

¡Cerrad bien las ventanas y asegurad las puertas!

¡Allá viene, allá viene!... ¡Vi su sombra en el  
[lago!...

DESC. Sueña... ¿Qué soñará?...

(Se inclina sobre el viejo y le contempla con  
interés.)

¡Qué bárbara agonía

se refleja en su rostro!

GALA. (Soñando.) ¡Allí viene!... ¡Y espía  
con sus ojos voraces todo cuanto yo hago!

DESC. ¡Cómo tiemblan sus labios y cómo se estremece!  
¡Según como palpita su corazón, parece  
que sufre en este instante todo el dolor del mundo!  
(Lo contempla fijamente.)

Modela la piel mustia su propia calavera,  
y una trágica máscara cubre su faz de cera.  
En su pecho, lo mismo que en un cubil profundo,  
rugen y se devoran panteras y leones,  
entre un crujir de zarpas y un rechinar de dientes,  
¡y hay en la angustia bárbara de sus respiraciones  
estertor de agonía y silbos de serpientes!...  
(Conmovido.)

¡Y hasta llora, Dios mío, hasta llora durmiendo!

GALA. (Estremeciéndose y soñando en alta voz.)

¡Allá viene!... ¡Me ha visto..., y se marcha  
[riendo!

DESC. (Mirándole compasivamente.)

¡Infeliz! ¡Cuánto debes, pobre rey, padecer!

*(Inclinándose a contemplar a la reina.)*

Aquí duerme la reina... ¡Oh pálida mujer!

El dolor ha dejado tu faz envejecida.

Las raíces más hondas entrarán en tu pecho,  
sin esfuerzo ninguno, por tanta y tanta herida,  
como en él los puñales de la desgracia han hecho!

*(Contemplándolos a los dos con lástima.)*

Aquí vine colérico contra ellos, pensando  
en su muerte, y ahora, al ver que ni aun dur-

el dolor les perdona, de aquí salgo llorando,  
cual si algo en mí sus penas estuviesen sufriendo.

*(Al salir, mirando las llaves.)*

Ya no volverás nunca, ¡oh llave maldecida!,  
a cerrar a mi amada las puertas de la vida...

Irás siempre conmigo de ciudad en ciudad;  
custodiarás mis huesos dentro del ataúd...

¡Ayer para ella fuiste señal de esclavitud,  
y hoy eres en mis manos signo de libertad!

*(Sale cautelosa y rápidamente.)*

## ESCENA II

*Galaor y Gudula.*

*(La tempestad tórname cada vez más violenta. Los truenos y los relámpagos se suceden sin interrupción.)*

GALA. *(Levantándose en estado de sonambulismo, andando a ciegas y blandiendo la espada.)*

¡Allá viene! ¡Allá viene!

*(Como dirigiéndose a alguien.)*

¡Te mataré! ¡No huirás!

*(Tropieza en la pared y despierta. Después, asombrado aún, mira en torno suyo.)*

¿Dónde estoy? ¡Ah! Fué un sueño..., un sueño...  
[y nada más.]

¡Un sueño..., sólo un sueño! ¡Mas qué sueño y  
[qué vida!]

¡No puedo más, no puedo! ¡Es mi alma dolorida  
una llaga sangrando bajo un guante de hierro!

(*Aproximándose a la ventana.*)

¡Así clamar debéis cuando pase mi entierro,  
nocturnas tempestades! ¡Vuestros roncós au-  
serán mi marcha fúnebre!... ¡No puedo sufrir  
[más!

¡Aprieta mi garganta, cadena de gemidos;  
aprieta más, aprieta, que pronto me ahogará!  
¡Rugen en mí los leones; se desploman ciudades,  
y fantasmas envueltos en negras tempestades  
de lejos me amenazan con su rojo mirar!  
¡No puedo más, no puedo! Señor, voy a quemar  
mi palacio esta noche... ¡Sus brasas me han de  
[dar

alas deslumbradoras con que poder volar  
de este lúgubre pozo de infinitos dolores!

(*Desvariando.*)

Se llenará la noche de dorados fulgores;  
deslumbrarán las ondas de luz; la totovía  
ha de cantar volando, creyendo que es de día...  
¡Viéndole arder, mi alma se vestirá de fiesta!  
Seré libre de mí, de Gudula y Sibyla,  
de este palacio inmenso y de aquella floresta...  
Mañana, cuando muera silenciosa y tranquila  
la luna, y el sol dore las montañas distantes,  
entre los humeantes escombros del camino,  
distinguir no sabréis, ¡oh pobres caminantes!,  
las cenizas de un rey de los restos de un pino.

GUDU. (*Despertando.*)

¡Por fin que he despertado!... Soñaba, Galaor,  
que en tenebrosa cárcel estabas prisionero...  
Vi rodar tu cabeza al golpe del acero...  
¡Ah, ni en sueños, ni en sueños me abandona  
[el dolor!

GALA. (*Sentándose y aproximándose a Gudula.*)

¡Qué loco estoy, Gudula, pues teniendo a mi lado  
de tus labios de mieles el bálsamo querido,  
el bálsamo que todas mis llagas ha cerrado,  
en mis horas de angustia de tus labios me olvido!

GUDU. De noche, Galaor, apenas adormeces,  
después que de rodillas dirijo a Dios mis preces,  
tu triste frente beso...



- GUDU. ¡Qué enorme desventura!  
 GALA. ¡No puedo resistir esta horrible tortura,  
y amparo contra ella busco en la sepultura!  
 GUDU. ¡Por piedad!  
 GALA. Cuando suene la última campanada  
de las doce, Gudula, traeré nuestra hija amada,  
y abrazados los tres moriremos aquí...  
 GUDU. ¿No te espanta mi angustia? ¡Oh, ten piedad  
[de mí!  
*(Caen pesadamente las doce campanadas de la  
media noche.)*  
 GALA. ¡La media noche! ¿Oyes? Voy por ella... Es  
[la hora...  
*(Buscando las llaves.)*  
 Mas ¿dónde están las llaves? ¿Dónde están?  
 GUDU. Hace poco  
 te las di... ¿No recuerdas?...  
 GALA. *(Exaltadísimo, dirigiéndose a la puerta.)*  
Mi corazón devora  
 la impaciencia y el miedo. *(Sale.)*  
 GUDU. *(Dirigiendo los brazos al cielo.)*  
¡Señor, se ha vuelto loco!  
*(Cae de rodillas.)*  
 Por los clavos, Señor; por la lanzada  
 que tu costado hirió;  
 por la hiel y el vinagre que te dieron,  
 ¡protégenos, Señor!  
 Por el dolor sagrado de tu Madre,  
 por tu propio dolor,  
 por todos los dolores de la tierra,  
 ¡protégenos, Señor!  
 GALA. *(Volviendo completamente desfigurado, aullando y  
gesticulando como un demente.)*  
 ¡Ha huído!  
 GUDU. ¿Quién? *(Levantándose.)*  
 GALA. ¡Sibyla!  
 GUDU. *(Espantada.)* ¿Cómo?  
 GALA. ¡Ha huído!  
 ¡Oh, bien mi corazón lo presentía!...  
*(Desesperadamente.)*  
 ¡Todo, todo, Gudula, se ha perdido!...  
*(Salen corriendo y gritando.)*

GUDU. (*Dentro, mientras baja el telón.*)

¡Oh Sibyla!... ¡Hija mía!

GALA. (*Más lejos.*) ¡Hija mía!

## TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

La floresta del palacio de Galaor. A la luz lejana del relámpago, entre la espesura tétrica de las frondas, se ven al fondo las altas torres almenadas. La tempestad comienza a alejarse.

## ESCENA I

*Segismundo y Haroldo, conversando en el primer término de la derecha.*

SEGIS. ¿Dónde hallaste el corcel?

HAROL. Junto a la playa.

Rotas las bridas y la crin revuelta,  
sobre un alto peñasco, relinchando,  
bajo el negro furor de la tormenta,  
que llamaba a su dueño parecía  
con duros cascos al herir la tierra.  
Le tomé del rendal y allí le tengo.  
¡Espléndido animal! Gualdrapas lleva  
de púrpura y brocado, recamadas  
de áureos borlones y orientales perlas.  
¡No tiene Galaor, nuestro monarca,  
gualdrapas tan valiosas y tan bellas!  
¿Qué hacemos con él?

SEGIS. Guardarle en esa choza,

y en ella tú mis órdenes espera.  
Díle a los escuderos que vigilen  
y registren al par, senda por senda,  
ahora que como ejército en derrota  
huye la tempestad, las nubes vuelan,  
y entre la herida que en los cielos abren,  
resplandecen a veces las estrellas.

HAROL. ¿Temes algo?

SEGIS. Si temo. ¡Tú no has visto a Galaor! Temblaras si le vieras, con los ojos brillantes como ascuas y pálida la faz como la cera, por sus vastos salones silenciosos, rugiendo de dolor como una fiera.

HAROL. ¿Y por qué ese capricho de alejarnos en una noche así, de su presencia, y encerrarse en su alcázar de granito igual que en una tumba?

SEGIS. Son rarezas de su espíritu enfermo, devorado por todos los dolores de la tierra. Supliqué, supliqué puesto de hinojos; me abracé como un náufrago a sus piernas, pidiéndole entre gritos y entre lágrimas que benigno mi súplica atendiera, ¡que me dejase solo, como un perro, dormir en los umbrales de su puerta! Mas todo fué inútil. «¡Vete—me dijo— con todos los demás; y cuando vuelva el sol a iluminar esas montañas, también con todos a mi hogar regresa!»

HAROL. ¿Y temes?

SEGIS. Sí.

HAROL. ¿Qué temes?

SEGIS. Por Sibyla, por él, por todos...

HAROL. ¿Pero qué proyecta?

SEGIS. ¿Acaso sabes tú lo que la nube en los misterios de su seno encierra? ¡Quién sabe lo que guardan sus dolores!

HAROL. Mas ¿el juicio perdió?

SEGIS. Perdióle a fuerza de sufrir...

HAROL. Mas ¿sufrir?...

SEGIS. ¿Existe, Haroldo, mayor locura que morir de pena? Por eso, porque temo que algo ocurra, os mandé vigilar esta floresta, que cinturón de vivas esmeraldas ese alcázar fantástico rodea...

Y hasta que salga el sol vigilaremos...  
Vámonos por aquí. (*Señalando a la derecha.*)

HAROL. (*Cantando al alejarse.*)  
¡Qué vida ésta!  
En la calleja desierta  
vibra el alma de un laúd.  
¡El amor llama a tu puerta!  
¡Sal a abrirle, Juventud!  
¡Sal a abrir al Prometido,  
toda trémula de amor,  
sin más velos que el tejido  
de rosas de tu pudor!

## ESCENA II

*El Desconocido y Sibyla, que entran huyendo por la izquierda.*

SIBYLA. (*Deteniéndose.*)  
¡Oh, qué canción tan dulce! ¿Qué voz mortal  
[le canta?

DESC. Algún enamorado y joven marinero,  
que con ella las penas del corazón espanta.

SIBYLA. ¡Oh, cómo me conmueve la paz de este sendero!

DESC. ¡Más de prisa, alma mía!

SIBYLA. ¡Oh, mis pies! ¡Son tan niños  
que caminar no saben!  
(*Parándose y respirando voluptuosamente.*)

¡Qué suavidad de armiños  
tiene el aire esta noche! Absorbo su frescura  
como un vino de ensueño en copa de diamante.  
Siento flores, ¡qué aroma y mieles, ¡qué dulzura!  
Mas tu boca es más dulce y tu voz más fragante.  
(*Pasando amorosamente los dedos por el rostro  
del Desconocido.*)

¡Qué hermoso eres! ¡Bésame!  
(*El Desconocido la besa con ternura.*)

¡Son rosas las caricias  
de tu boca, y besándote siento una sensación  
de suavidad, de encanto, de indecibles delicias,  
cual si naciesen rosas dentro del corazón!

DESC. (*Estático de felicidad.*)  
Tu voz, amor, la oigo, como cuando anochece,

el viejo peregrino que torna a su alquería,  
en el grave silencio que en los campos florece,  
arrodillado y mudo, oye el Avemaría.

SIBYLA. (*Pasándose la mano por la frente.*)  
Cual se adora a la Madre de Dios, así te adoro.  
Díme, amor, ¿son tus ojos ardientes y sombríos,  
o son como zafiros engarzados en oro,  
como dicen que eran los pobres ojos míos?

DESC. (*Con ternura.*)  
Como quieras: son tuyos. (*Empujándola.*)  
Mas vamos más de prisa.  
¡Más de prisa, amor mío! No hay tiempo que  
[perder.

Pueden llegar.

SIBYLA. (*Dulcemente.*) Espera... ¡Qué dulzura en la brisa!  
(*Volviéndose a él y echándole los brazos al cuello.*)  
¡Oh amor, si con mis ojos yo te pudiera ver  
igual que con el alma y el corazón te veo!  
Sentémonos. En medio de este bosque deseo  
dormirme entre tus brazos, tu boca con mi boca,  
absorbiendo tu aliento hasta embriagarme de él...

DESC. (*Empujándola.*)  
¡Vamos! Junto a la playa, amarrado a una roca,  
de impaciencia esperándonos relincha mi corcel...  
Vendrán en nuestra busca... ¡Vamos!

SIBYLA. Mi pie vacila  
al caminar...

GUDU. ¡Sibyla! (*Dentro. A lo lejos.*)

SIBYLA. ¡Es mi madre!

GUDU. (*Más cerca.*) ¡Sibyla!

DESC. (*Empujando dulcemente a Sibyla.*)  
¡Más de prisa, amor mío, que te vienen buscando!  
Te lo dije...

GUDU. (*Más cerca.*) ¡Sibyla!

DESC. ¡La voz se va acercando!  
(*Los cabellos de Sibyla se enredan en un espino  
en flor.*)

SIBYLA. ¡Ay! Mis pobres cabellos se han enredado en  
[una rama.  
(*Sintiendo las manos del Desconocido que le des-  
enredan las trenzas.*)

¡Qué suavidades! ¡Qué claridad divina  
de luna, dueño mío!

DESC. No hay luna.

SIBYLA. ¿Que no hay luna?  
¿Son tus dedos, entonces, lo que el alma ilumina?

### ESCENA III

*Dichos y Gudula, que entra jadeante.*

GUDU. ¡Sibyla! *(Desde dentro.)*

DESC. ¡Vamos, vamos! *(A Sibyla.)*

GUDU. ¡Sibyla, por piedad,  
no dejes a tu madre! ¡Ten, hija, caridad  
de la mujer llorosa que te llevó en su seno!  
Y tú, señor, que tienes el mirar dulce y bueno,  
demuestra que tu alma es también noble y pura.  
Devuélveme a mi hija o muero de amargura.  
*(Arrodillándose.)*

A tus pies, de rodillas, te lo vengo a pedir...

¡No te la llesves! ¡Déjala!

SIBYLA. *(Besando la mano de su madre.)*

¡Oh, déjame partir!

¡Separarnos no puede nadie, madre, a los dos!

¡Nunca te olvidaré!

*(El Desconocido coge en sus brazos a Sibyla y huye con ella. Gudula sale detrás de los fugitivos. Sujeta al Desconocido, pero éste la rechaza violentamente, dejando en sus manos una cadena de oro y la capa.)*

GUDU. ¡Sibyla!

SIBYLA. *(A lo lejos.)*

¡Adiós! ¡Adiós!

*(Silencio.)*

### ESCENA IV

*Gudula y Galaor.*

GUDU. *(Contemplando el collar.)*

¿Qué más, Dios, sufrir puede un corazón transido?

GALA. *(Que entra tropezando, con el cabello desgreñado.)*

¿La encontraste, Gudula?

GUDU.  
GALA.  
GUDU.

La encontré... Mas ha huído.  
¿Que ha huído?  
¡Para siempre! Aquí me la encontré;  
mas en vano gemí y en vano supliqué.  
¡Todo fué inútil, todo! Se la lleva un galán...  
Unidos de las manos por esa senda van...  
Yo tras ellos corrí, dando locos gemidos;  
llorando fuertemente me agarré a sus vestidos;  
mas sin oír mis súplicas, sin atender mi pena,  
el galán con tal fuerza se sacudió de mí,  
que me dejó en las manos prendida esta cadena,  
donde en dorado anillo resplandece un rubí.  
(Entrega el anillo a Galaor. Entre un claro de  
nubes descende un rayo de luna. La tormenta se  
va alejando.)

### ESCENA V

Segismundo penetra por la derecha con la espada desnuda.  
Al ver al rey se detiene.

SEGIS. ¡Señor, albricias! A Silbyla salvamos.  
Con un galán cruzaba del brazo ese sendero.  
Entre ellos me interpuse... Las espadas chocamos...  
¡Y le he hundido en el pecho, hasta la cruz, mi  
[acero!

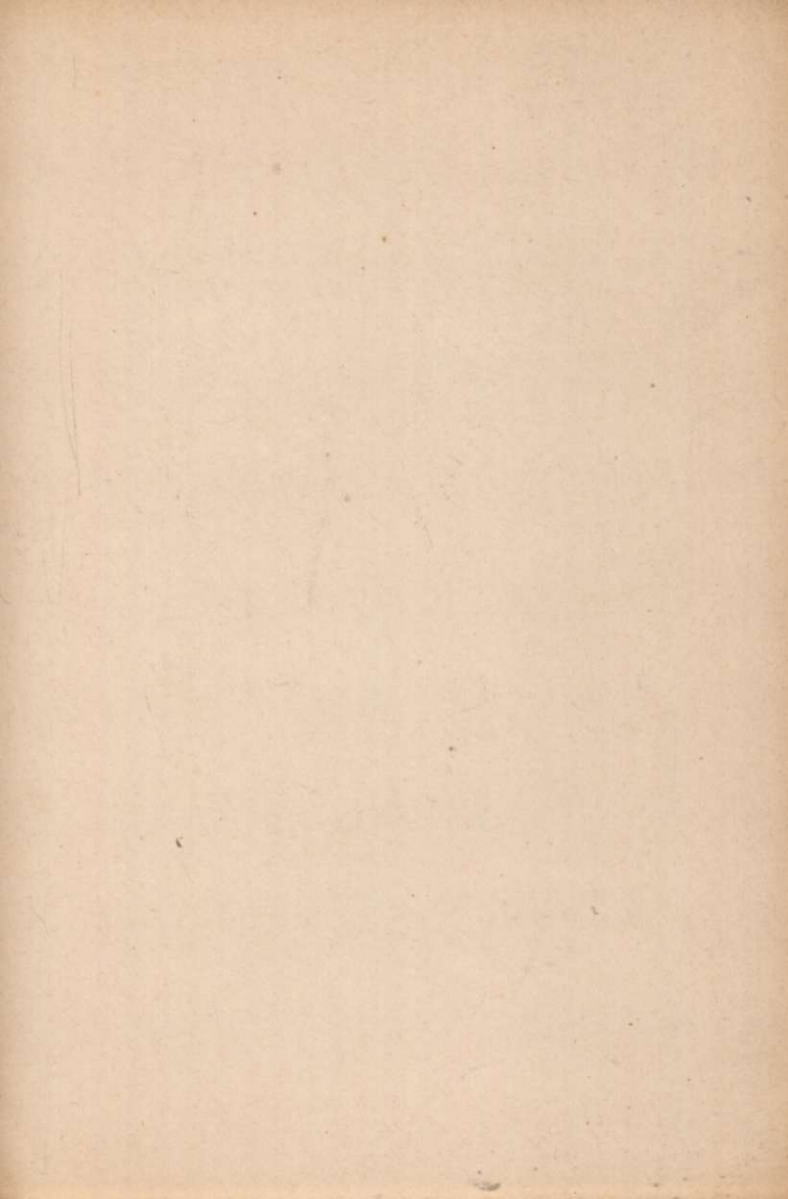
GALA. (Mirando a la luz de la luna el anillo y la cadena,  
tambaleándose como un ebrio.)  
¡Maldición sobre todos nosotros! ¡Maldición!  
¡Ay, que Dios vengativo a mi estirpe maldijo!...  
¡Era mi hijo!

GUDU. ¡Cielos!  
(Tapándose el rostro horrorizada.)

SEGIS. (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón, señor; perdón!

GALA. (Agonizando.)  
¡Por salvar a mi hija, has matado a mi hijo!  
(Se tambalea y cae muerto en brazos de Gudula;  
mientras descende el telón se oyen los sollozos  
desgarradores de Gudula abrazada al cuerpo de  
Galaor.)

TELÓN



**LEAVD**

**Popular**  
Quincenal 1/2 pta

LOS JUEVES  
**El viento azul**  
40 cts

LOS VIERNES  
**EL TEATRO MODERNO**  
50 cts

LOS SABADOS  
**AVENTURAS**  
50 cts

LOS DOMINGOS  
**El Sheriff**  
30 cts

**gémina**  
Quincenal 1/2 pta

**NOVELAS EMOCIONANTES**  
Soyuzdetiz 2 pta

- Sigue catálogo -

77102